

2.

**El desarrollo
de los
movimientos
nacionalistas en
América Latina:**
contexto político,
social y artístico

Figura página anterior.

Revista Amauta. Vol. 10. José Carlos Mariátegui. (1927).

Sociedad Editora Amauta. Lima, Perú.



Universidad. Número 133. Segunda Época. Germán Arciniegas. (1929). Ediciones Colombia/ Editorial Minerva. Bogotá, Colombia.



Monografía del Bachué. Lecturas Dominicales. Número 349. Suplemento semanal de *El Tiempo*. Director - Propietario Eduardo Santos. (1930). Bogotá, Colombia.

A comienzos del siglo XX, después del fin de la Primera Guerra Mundial, los Estados Unidos se convirtieron en una potencia mundial. La anexión de Puerto Rico y la absorción de Cuba marcaron el inicio del proceso de intervencionismo que tendría lugar de allí en adelante hasta nuestros días, en los países de habla hispana y portuguesa de Centroamérica y Suramérica. Durante la década de 1920, los dineros norteamericanos incidieron de manera importante en estos países. Así fue como en 1925 la empresa United Fruit Company, que operó desde Guatemala hasta Colombia, consolidó un poder político y económico mucho más fuerte que el de los países donde tenía injerencia.

Así es como en Colombia, en diciembre de 1928, el Gobierno de Miguel Abadía Méndez (1926-1930), último presidente de la hegemonía conservadora, respondió mediante el uso de las armas a la solicitud de Thomas Bradshaw, gerente de la United Fruit Company, de aplacar un motín provocado por los trabajadores miembros del sindicato de la multinacional, quienes demandaban aumentos salariales, atención

médica sin costo, descanso dominical cubierto con el salario y reformas en los escenarios laborales. El temor que acechó a este gobierno conservador tuvo que ver con la posibilidad de que el país fuese afectado de manera importante por un régimen comunista, situación que tuvo como consecuencia la masacre de “entre sesenta y setenta y cinco trabajadores” (Bushnell 1996, 246), conocida como la Masacre de las Bananeras. No sobra anotar que la multinacional bananera continuó con sus operaciones locales sin ningún tipo de inconveniente, y que los trabajadores no obtuvieron mejoras laborales. Sin embargo, el líder liberal Jorge Eliécer Gaitán realizó un importante debate en el Congreso de la República, cuyas palabras finales fueron: “Para ellos la humanidad no existe. Existe sólo la necesidad de complacer el oro americano”. Esta referencia se encuentra en la Casa Museo Jorge Eliécer Gaitán, consignada dentro de la documentación que hace parte del acervo de la memoria del líder.

De esta difícil situación de represión estatal, como la que afectó a la huelga de los trabajadores petroleros de Barrancabermeja (1927) y la protesta que se dio en Bogotá en contra de la corrupción administrativa del Gobierno de Abadía Méndez (1929), emergió una clase trabajadora, cuyo único objetivo consistió en sobrevivir el día a día, y obtener algún nivel de superación, dadas las dife-

rencias socioeconómicas que se daban entre las clases dominantes y las menos favorecidas. Así es como en medio de esta compleja circunstancia que afectó al país comenzaron a sentirse movimientos sociales emancipadores promovidos por la clase obrera, que tuvieron como consecuencia la fundación del Partido Comunista Colombiano en 1930. La intelectualidad y parte de la clase media protestaron de igual manera en contra de la represión sindical y el intervencionismo político y económico norteamericano, situaciones que afectaron de manera importante la consolidación de los procesos democráticos de los países tercermundistas localizados al costado sur de los Estados Unidos. De acuerdo con lo anterior, el gran reto que durante la década de 1920 y comienzos de la década de 1930 que tuvieron que enfrentar los países suramericanos consistió en luchar contra el estado de subdesarrollo que imperaba, vigorizar las débiles economías y fortalecer los sistemas democráticos, así como legitimar las instituciones políticas, que eran las garantes de los derechos humanos. Esta problemática, con sus consecuentes desigualdades de índole económica, social y cultural, demandó soluciones de carácter urgente. En virtud de lo anterior, políticos, intelectuales y artistas latinoamericanos, de manera individual y en algunos casos por mutua influencia, pensaron que, a través

de políticas económicas y culturales, así como por medio de publicaciones y manifiestos, se podría dar una solución a ese tipo de diferendos sociales. Una de las propuestas fue la educación por medio de las artes, que en el caso colombiano consistió en enviar al exterior a comienzos de la década de 1920 a numerosos aspirantes a artistas mediante ayudas económicas derivadas de los recursos generados por la indemnización reconocida a Colombia por la separación de Panamá (Medina, Lozano y Bernal, 1997-1998).

Entre los artistas que viajaron al exterior, como se dijo, se encontraba Luis Alberto Acuña, quien a los 20 años adelantó estudios sobre arte en Europa, gracias a una beca otorgada por la Gobernación de Santander.

Por otro lado, dentro de las políticas culturales propuestas para la educación de la población mexicana a comienzos de la década de 1920, por parte del político e intelectual José Vasconcelos, quien fuese secretario de Educación Pública del presidente mexicano Álvaro Obregón (1920-1924), sobresalió la proposición que consistía en dar a conocer mediante obras pictóricas de gran formato y de exhibición pública los orígenes raciales indigenistas y culturales de la población mexicana.

En lo que se refiere a los países del área andina (Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Paraguay), la

influencia mexicana fue primordial para la corriente ideológica indigenista, así como el pensamiento de José Carlos Mariátegui, peruano de origen indígena y político marxista, quien propuso unos postulados mucho más acordes con la idiosincrasia de las sociedades andinas. De acuerdo con los contenidos publicados en la revista *Amauta*, su propósito consistió en incluir al indígena en la sociedad excluyente y fortalecer su interacción en ella, postura que se identificaba con la propuesta artística del secretario de Educación del presidente Obregón, pero que Mariátegui deseaba complementar con una proposición teórica a través de la revista *Amauta*, de divulgación internacional.

Con el fin de contextualizar el origen del discurso bachué, a continuación se relata una serie de eventos de carácter sociopolítico que coadyuvaron al desarrollo del anterior ideario. Álvaro Medina, en su libro *El arte colombiano de los años veinte y treinta* (1995), anotó que, en la revista *Universidad*, creada por Germán Arciniegas, los artículos sobre arte se originaban desde México y Perú, no desde París. Por otra parte, Mariátegui¹ (1929), considerado uno de los autores más leídos en temas artísticos y sociológicos en Perú a finales de la década de 1920, en uno de los artículos que la revista *Uni-*

1. Mariátegui, José Carlos. "El indigenismo". En revista *Universidad*. No. 121, 16 de febrero de 1929.

versidad reprodujo de *Amauta* en febrero de 1929, afirmó: “El problema indígena, tan presente en la política, en la economía y en la sociología, no puede estar ausente de la literatura y el arte” (citado por Medina 1995, 34).

Jorge Zalamea, quién tenía a cargo la sección denominada “Horario” en la revista *Universidad* (1927), se refirió al pensamiento de Mariátegui de la siguiente manera:

[...] construcción de la propia cultura, liberación del indio sometido a absurdas legislaciones agrarias y económicas, regreso a los motivos incaicos como fuente de renovación plástica, valorización y propaganda de los aspectos más puros de nuestra producción artística o intelectual, nacionalismo. (citado por Medina 1995, 34)

En ese mismo año de 1929, las tesis de Mariátegui fueron tomadas por Armando Solano, intelectual colombiano de la generación del Centenario, quien manifestó lo siguiente en una conferencia titulada *La melancolía de la raza*:

[...] la creación de un movimiento cultural que tuviera al indígena por único centro. Ahondando en nuestra índole y en nuestros antecedentes

[...] examinado los factores históricos y étnicos que constituyen nuestra agrupación, encontremos la verdadera consigna para el movimiento nacionalista. (citado por Medina 1995, 46)

Posteriormente, en la revista *Universidad*² de mayo de 1929, Darío Samper escribió una carta a Rafael Azula Barrera y a Darío Achury Valenzuela, intelectuales que fueron coautores de la “Monografía del bachué”, en la que les increpó: “¿Vamos a producir nuestra pintura valiéndonos de medios propios o de procedimientos autóctonos, de artistas de nuestros pueblos? [...] o seguiremos siendo copistas de Zuloaga y fabricantes de manolas” (Medina 1995, 49).

Tiempo más tarde, Darío Samper anunció que está floreciendo un grupo juvenil que se llamaría *los bachués*, del cual vale la pena resaltar una de sus primeras manifestaciones públicas realizadas en 1930, sobre el contenido de *La vorágine*, de José Eustasio Rivera, en el que sobresale la afirmación: “Son pocas las obras que exhiben un sabor criollo, aire de jungla, emanación de maniguas, melancolía de indio” (Medina 1995, 51).

Según Azula Barrera, el proceso de construcción de una expresión nacional durante la década de 1920 se produjo por una cadena de eventos que

2. Samper, Darío. Carta abierta: “La afirmación de los que surgen”. En revista *Universidad* No. 133, 11 de mayo de 1929.

buscaban “moderar el dominio espiritual de otros pueblos y aceptar cautelosamente la llamada de la tierra nativa” (Medina 1995, 49), lo cual, en palabras de otros intelectuales, y en concordancia con el pensamiento de Mariátegui, se trataba de “colombianizar a Colombia” (Medina 1995, 51).

De acuerdo con lo expuesto, en 1930, la artista Hena Rodríguez, con la firma de otros pensadores como Darío Achury Valenzuela, Darío Samper, Rafael Azula Barrera, Tulio González y Juan Pablo Varela, publicaron en las *Lecturas Dominicales de El Tiempo*³ (1930), la “Monografía del bachué”.

Bajo ese discurso ideológico se desarrolló una corriente de artistas que rompieron con la influencia academicista y buscaron un lenguaje plástico con claros preceptos sociales y beneficios patrióticos. En algunos de los apartes del manifiesto, se puede leer el siguiente texto:

Hemos oído la llamada de la tierra y trepados sobre el anillo de nuestro meridiano, pregónamos su excelencia [...] no queremos que nuestra generación agonice como las precedentes [...] queremos hacer pedazos el pelo tedioso de todos los días para dejar una verdad desnuda de todo extraño ropaje como una diosa magnífica de nuestra leyenda⁴.

3. Del 15 de junio de 1930.

4. La referencia a la diosa correspondía a la madre Bachué.

Buscamos unidad con todas las ideologías comunes. Nuestro nacionalismo será un americanismo fuerte [...] de observación psicológica y de comprensión terrígena (“Monografía del bachué” 1930, citado por Medina 1995, 50-51)

En el Gobierno del presidente Enrique Olaya Herrera (1930-1934), se produjeron aires de renovación anunciadores de buenos augurios en torno a la búsqueda de la modernidad por parte de políticos, intelectuales y artistas, puesto que, en esta Administración liberal, que tuvo lugar después de un largo periodo de Gobiernos conservadores, se ejecutaron cambios de especial relevancia en el manejo del Estado: en lo social, se destacó la creación de sindicatos, la revisión del concepto de *propiedad en el campo* y la reivindicación de la clase campesina, entre otros temas. Dentro de los logros del presidente Olaya Herrera sobresalieron los grandes cambios producidos en la modernización de las instituciones colombianas, cuyas realizaciones principales tuvieron que ver con la reorganización económica del país, el comienzo de la industrialización, la instauración de programas educativos, como fue la creación del Fondo Nacional para la Educación Pública y la fundación de las facultades de Educación en Bogotá y Tunja, que más tarde harían parte de la Universidad Nacional.

En la órbita de las políticas artísticas de origen estatal, se estableció en 1931 —con la ayuda del entonces ministro de Educación Julio Carrizosa Valenzuela— el Primer Salón de Artistas Colombianos, en el cual, como ya ha sido mencionado, Luis Alberto Acuña obtuvo el primer premio con la talla en piedra *Mi compadre Juan Canchón*, obra en la que trató un tema en el que emergió una búsqueda por una expresión nacional, como fue el caso de un campesino santandereano de contextura vigorosa, caracterizado por rasgos excedidos en su rostro y en las formas del cuerpo. Resulta interesante anotar que en esta escultura se reflejaban los primeros visos sobre el ideal del cuerpo humano que Acuña buscaba reflejar en la representación de sus personajes.

Con la creación de *Mi compadre Juan Canchón*, **figura 1**, quedaron sentadas las bases sobre las cuales Acuña desarrolló posteriormente las dimensiones estéticas humanas que trabajó durante la mayor parte de su carrera, y que implementó por primera vez en una obra de clara temática bachué, como fue el caso del trabajo *Cacique rojo* (1934), **figura 2**, presentado en una exposición en Palmira (Valle) (Serrano 1985).

En lo que tiene que ver con el conocimiento de la trama política bajo la cual se generó el interés por el estudio de los elementos mediante los cuales se podía fortalecer el concepto de *nacionalidad*,

Langebaek (2009) consideró pertinente mencionar lo señalado por Aurelio Correa, quien, en su libro *Estudio de las religiones precolombinas en nuestra República* de 1938, afirmó que, a mediados de la década de 1930, se promovió el valor del conocimiento de la religión y de las manifestaciones nativas, dentro de las instancias de los procesos de indagación étnica, que redundaron en el fortalecimiento de la adquisición de nociones sobre nacionalidad (citado por Langebaek 2009).

Sobre la importancia que se le otorgó a la mitología de los chibchas, en torno a la creación de estatuaria pública monumental, con el objetivo de honrar la memoria de las deidades y los jefes de esa sociedad prehispánica, Langebaek (2009) señaló:

En El monumento a la diosa Chía (que se refiere a la inauguración de un monumento en nombre de la diosa Chía, en el 12 de octubre de 1935), publicado en la revista Senderos en 1935, Daniel Ortega Ricaurte recordó que, a fines del siglo XIX, Carlos Holguín había propuesto un monumento a Tisquesusa, el último monarca muisca [...] Como sea, en la misma época en que se hablaba del monumento a Tisquesusa, Octavio Quiñones insistía en El Tiempo (26 de junio de 1938) en que se erigiera

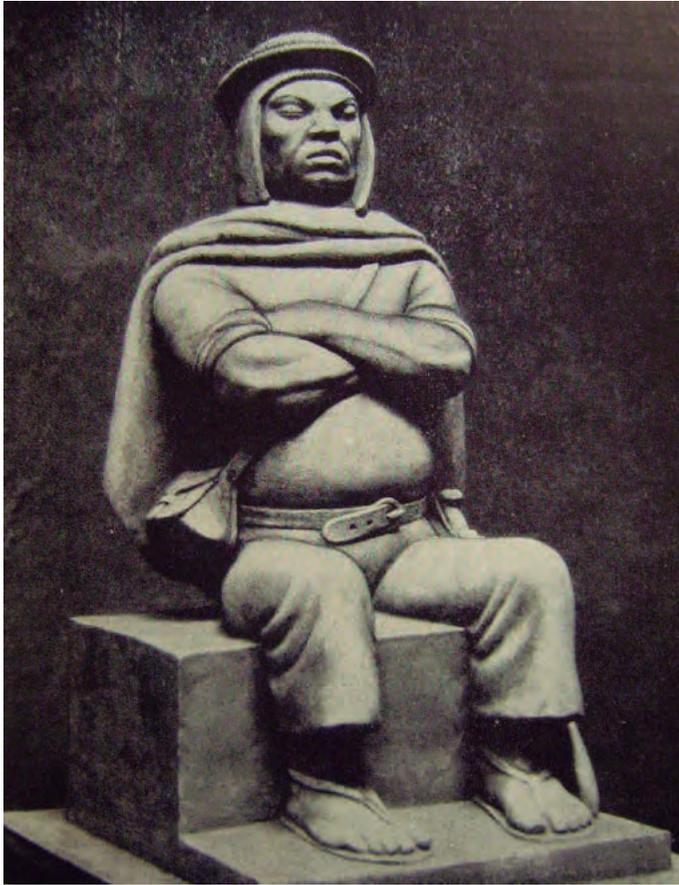


Figura 1.

Mi compadre Juan Chanchón. Talla en piedra. Luis Alberto Acuña (1931). Fuente: Padilla (2007).



Figura 2.

Cacique Rojo. Luis Alberto Acuña. Óleo sobre lienzo (1934). Fuente: Padilla (2007).

en Bogotá un monumento a Nemequene “raíz fecunda de este noble pueblo bogotano, generoso y altivo”. No es necesario recordar que este personaje fue admirado desde el siglo XVIII, y en el ambiente liberal de las primeras décadas del siglo XX se perfiló como símbolo de un Estado organizado y eficiente. No es gratuito, por ejemplo, que en la revista Cromos del 20 de mayo de 1916, Marcelino Uribe contrastara la corrupción de la justicia colombiana con la “confianza plena y respeto profundo” de la justicia impartida por el legislador [...] Además, el ambiente era favorable. El primer Gobierno liberal del siglo XX, a través de su ministro de Educación Jorge Zalamea, apoyaba el arte nativista, además de escribir prolíficamente sobre el tema. (Langebaek 2009, 106-107)

Langebaek (2009), además, aseguró que el pintor Luis Alberto Acuña, al igual que el artista Rómulo Rozo, puntualizaron acerca de la urgencia de trabajar en pro de los valores plásticos de las sociedades prehispánicas.

En 1934, Alfonso López Pumarejo asumió la Presidencia de la República hasta 1938, con el lema “la Revolución en Marcha”, cuyo objetivo consistió en “lograr por todos los medios pacíficos y cons-

titucionales todo lo que haría una revolución por medios violentos” (Meiseles 1992, 282-283). Bajo su mandato se realizó la reforma constitucional de 1936, en la que se establecieron modificaciones en pro de la clase urbana trabajadora, las bases para realizar una reforma agraria tendiente a transformar la inequitativa distribución de la propiedad de la tierra y a su vez modernizar la infraestructura del campo. En síntesis, los objetivos de su Gobierno fueron buscar la justicia social y el desarrollo cultural, intelectual y físico de los educandos, por lo que se instituyó la educación gratuita y obligatoria hasta quinto grado en los establecimientos oficiales.

Por otra parte, durante el primer año de la presidencia de López Pumarejo, tuvieron lugar importantes modificaciones de largo alcance en la plástica nacional, puesto que, además de la exposición realizada por Acuña en Palmira en 1934, sucedieron dos eventos que ratificaron los nuevos aires vernáculos y autóctonos que buscaban una conciencia por lo social y que reflexionaban sobre las temáticas nativas bajo ópticas artísticas contemporáneas: las exposiciones de Ignacio Gómez Jaramillo y de Pedro Nel Gómez (Serrano 1985). Durante este Gobierno liberal, se fundó el Servicio Arqueológico Nacional⁴, del que Acuña fue miembro de 1951 a 1954. Dentro de sus aportes como fun-

cionario, se destacó coadyuvar al país a conocer más sobre el origen de los antiguos pobladores del territorio que hacen parte de lo que hoy es Colombia, razonar sobre su instinto artístico, reflexionar acerca de su vida espiritual y profundizar sobre sus modos de coexistencia dentro de su entorno social, cultural y territorial.

El hoy Instituto Colombiano de Antropología e Historia, tiene las siguientes funciones:

Establecer criterios científicos y técnicos y planificar el desarrollo de la investigación en los campos de la antropología social, arqueología, bioantropología, lingüística aborigen, historia colonial, etnohistoria y patrimonio arqueológico y etnográfico colombiano. Obtenida el 21 de septiembre de 2013, de <http://www.icanh.gov.co/index.php?idcategoria=1170>

En lo que tiene que ver con la investigación antropológica, dos años después del inicio del mandato de López Pumarejo, comenzaron los trabajos de exploración en los sitios arqueológicos del departamento del Cauca, a cargo del entonces

4. Que en 1943 cambiaría de nombre por el de Instituto Etnológico, hoy conocido como Instituto Colombiano de Antropología e Historia. Obtenida el 21 de septiembre de 2013, de <http://www.icanh.gov.co/index.php?idcategoria=1169>

profesor de Geología de la Universidad del Cauca George Burg. A causa de estas labores, el Ministerio de Educación Nacional comisionó en 1936 al arqueólogo José Pérez de Barradas, para investigar y elaborar un documento sobre la importancia de los hallazgos realizados en la región de Tierradentro, departamento del Huila. Posteriormente, en 1937, el mismo ministerio facultó a Gregorio Hernández de Alba para que realizara un informe sobre las estructuras arqueológicas de Tierradentro.

Según Botero (2013), durante la gestión del presidente Eduardo Santos, se fortaleció el estudio de las culturas prehispánicas y se buscó la preservación de las sociedades indígenas que aún permanecen vivas. Así es como, en 1938, Gregorio Hernández de Alba organizó, con motivo del IV Centenario de la fundación de Bogotá, la primera exposición de arqueología y etnografía en Colombia. Un año después, en 1939, el Banco de la República adquirió el poporo quimbaya, elemento de orfebrería prehispánica que se constituyó en la primera pieza de la colección del Museo del Oro. En 1940, los arqueólogos Paul Rivet y Hernández de Alba fundaron el Museo Arqueológico y Etnográfico, a partir de las piezas arqueológicas encontradas en Tierradentro y San Agustín, y en 1941, crearon el Instituto Etnológico Nacional, entidad a cargo de la educación en disciplinas como la arqueología y etnografía.

Vistos los hechos políticos, sociales y artísticos en el ámbito latinoamericano y colombiano que fueron copartícipes del nacimiento de los movimientos nacionalistas que afectaron a los países de habla hispana y la manera en que Acuña se nutrió y buscó reflejar dentro de su discurso teórico y plástico aspectos relacionados con la mitología chibcha y el indigenismo, se considera pertinente conocer las posiciones teóricas de académicos norteamericanos en torno al tema tratado.

Sobresale la visión de la autora Brett Troyan (2008), quien en su artículo “Re-Imagining the “Indian” and the State: Indigenismo in Colombia, 1926-1947” argumentó que el proceso de otorgamiento de derechos territoriales y culturales a los diferentes grupos étnicos existentes en el país, como resultado de la Constitución Política de Colombia de 1991, tuvo su origen en el proceso nacionalista que se inició a finales de la década de 1920, y que continuó vigente durante las décadas de 1930 y 1940. Que el proceso de indagación de una identidad colombiana iniciado por parte de intelectuales y artistas coadyuvó a la obtención de derechos civiles sobre costumbres, religión, mitología, lenguaje y tenencia de tierras a las sociedades indígenas. Situación que, según el historiador, político y académico colombiano Antonio García Nossa (1939), fortaleció el concepto de *libertad*, que garantizó

la preservación de una identidad étnica, que, a su vez, se constituyó en la consolidación de la identidad cultural de los grupos indígenas colombianos. Troyan sustentó su argumentación en las tesis de García Nossa, quien en su libro *Pasado y presente del indio* (1939) afirmó que los gestores teóricos del indigenismo basaron sus agendas políticas en la construcción de una identidad étnica bajo el concepto de *indigenismo cultural*.

García Nossa (1939) señaló que el ejemplo de México demostró ser la mejor manera para incluir a las comunidades indígenas dentro del concepto de *nación*, puesto que consistió en mantener los modos precolombinos de organización social, mientras sus estructuras eran modernizadas.

Por otra parte, Alexander Dawson (1998) expuso que los indigenistas mexicanos hicieron hincapié más en lo cultural que en el concepto racial de *identidad étnica* y así permitieron la incorporación de grupos indígenas a la nación. Según la experiencia mexicana, García Nossa (1939) sentó las bases teóricas para que los Gobiernos liberales colombianos pudieran intervenir de manera similar en el Estado y tomaran de los postulados revolucionarios mexicanos nociones concordantes con las necesidades de Colombia. El aporte del político colombiano es posible que influyera en los procesos de modernización e inclusión de las comuni-

dades aborígenes americanas en el Estado y así preservara la cultura precolombina respecto de la propiedad comunal de la tierra y del concepto de *identidad étnica cultural* (Dawson 1998, 279-308).

Se considera, entonces, que las acciones de tipo político, económico, social y cultural, que fueron adelantadas por medio de los trabajos realizados por la sociedad civil, por los miembros de las sociedades indígenas, así como por parte de los Gobiernos liberales posteriores a la hegemonía conservadora, coadyuvaron a implementar y a consolidar en Colombia, por medio de la Constitución de 1991, el otorgamiento de los derechos territoriales y culturales a los diferentes grupos étnicos descendientes de las sociedades prehispánicas.



José Vasconcelos. Destacado escritor, filósofo y político de origen mejicano. Fotografía: Harris & Ewing. Fuente: Obtenida el 6 de diciembre de 2018, de https://commons.wikimedia.org/wiki/Jos%C3%A9_Vasconcelos#/media/File:Jose_Vasconcelos.jpg

